

1

--¡Ya estuvo, este güey acaba de decir que sí!

Cuando salimos de México, hace ya casi dos horas, no nos imaginábamos que nos iba a ir tan bien. Hace apenas un rato nos equivocamos de camión y tuvimos que caminar dos kilómetros para llegar hasta la caseta. Éramos cuatro y, como era ya de noche, pensamos que tardaríamos en conseguir aventón, pero no fue así. El diputado dueño del *Grand-marquis* que va oyendo José José en el asiento de enfrente ha prometido que llegaremos a Puebla antes de las nueve. Todavía será temprano para tomar otro aventón, ojalá nos deje cerca de la próxima caseta, si no, va ser una chinga saber qué camión nos lleva para allá.

--¿Sabes manejar? --pregunta el diputado a Tomás.

--Este, no. El que sabe es el de atrás.

--¿Quién? Mira, ése ya se durmió.

--No, el otro.

--¿Cuál?

--Yo, ¿por qué?

--¿Ah sí?, ¿cómo te llamas?

--Pablo.

--¿No quieres manejar, Pablo?

--No gracias, nunca he manejado en carretera. ¿Qué tal si me embarco? Al fin que ya falta poquito, ¿no?

--Bueno... ¿y a qué se dedican?

--Estudiamos --responde Tomás.

--¿Y qué estudian?

--Él estudia letras hispánicas; yo, teatro.

--¿Y los dos que vienen dormidos?

--La prepa, ¿usted?

--No, yo ya no estudio --ríe--, soy diputado. Oye, ¿le puedes subir al estéreo por favor?

La voz de José José esta noche parece menos insoportable. A veces, recargado en el vidrio, puedo ver la luna. Los asientos son cómodos y poco a poco me voy quedando dormido. Dentro del sueño hay una playa que va quedando desierta, está oscureciendo. La gente se junta en la calle gritando y bailando. Me veo, estoy vestido como en los años cuarenta. A mi lado una mujer vestida de negro me cierra un ojo. La sigo por varias calles hasta que me encuentro solo frente a una farmacia, voy a entrar, la mujer sale y dice que me espera en la escuela. Yo sonrío y bajo la avenida seguro de que la escuela está cerrada, apenas se ve el tumulto de gente que empieza a correr por la calle. Al principio mi curiosidad me hace correr hacia allá, pero conforme avanzo veo que la multitud corre hacia mí. Siento terror al imaginarme lo que sucederá cuando me alcancen.

--Pablo, oye, que dónde nos va a dejar.

--¿Ehh?

--Que dónde nos deja.

--Ahh, sí. Oiga, ¿pasa por la caseta que va a Jalapa?

--¿Cuál?

--La de la carretera a Jalapa.

--No, creo que no. Si quieren los puedo dejar en la que está aquí adelante para que no se metan a Puebla.

--Oiga, ¿está muy lejos de Puebla la otra caseta?

--¿La de Jalapa?

--Sí.

--Pues no. Miren, yo voy a recoger a una persona en la CAPU, si quieren ahí los puedo dejar.

--¿Dónde?

--En la central camionera.

--¿Para qué?

--Ahí pueden tomar un camión que los acerque.

--Ah sí, pero es que no tenemos mucho dinero, por eso vamos de aventón.

--¿Cuánto cuesta el boleto?

--¿A dónde?

--¿A dónde van?

--Bueno, pensamos ir hasta Veracruz, pero antes vamos a Jalapa.

--¿Cuánto cuesta a Jalapa?

--No sé, yo creo que como cincuenta pesos.

--¿Y no completan?

--Es que si tomamos camión se nos acaba el dinero.

--Ya sé que vamos a hacer. Los llevo a la central y les coopero con algo del boleto para que ya no se anden arriesgando. Saben, yo tengo un hijo de su edad. Se va a viajar con poco dinero y por eso me preocupan. ¿Qué tal si mi hijo está lejos y necesitado? Por eso yo me pongo a pensar y les di aventón. Además yo también fui chavo y sé lo que es andar de *rock n' roll*.

--Muchas gracias, ¿entonces nos deja en la central?

--Sí, yo voy a recoger a un pariente de mi mujer a las nueve.

La ciudad de Puebla es como cualquier ciudad de noche. Ninguno de los cinco en el auto sabíamos por dónde llegar a la central. El diputado se metía en sentido contrario --sin remordimientos-- y se equivocaba de calles. Por fin, como a las nueve y media, llegamos. Tardó un poco en encontrar estacionamiento. Tomás, que se había ido adelante, ya estaba afuera estirándose y respirando aire fresco. Yo tardé un poco en despertar a Nicolás y a Germán que seguían dormidos. El aire era un poco frío y no se alcanzaban a ver estrellas.

El diputado caminaba adelante de nosotros, poco antes nos dio cincuenta pesos que tomamos como buen presagio para el viaje. Nicolás fue a preguntar el costo de los boletos nada más hasta la siguiente caseta, resultaron baratos. Nos despedimos del diputado encaminándonos a uno de los túneles de segunda para tomar el camión.

--Ora sí nos rayamos, ¿no? Si nos sigue yendo así vamos a estar hoy mismo en Jalapa y mañana a ver qué hacemos --Tomás sonreía.

--Pues sí --dijo Nicolás--. Vamos a llegar como a las diez a la caseta. ¿Cuánto se hace de aquí a Jalapa?

--Creo que tres horas y media --respondí.

--Igual y como es de noche hacemos menos, ¿cuál es el camión que hay que tomar?

Al final del túnel un policía nos señaló el camión. Una vez arriba sentíamos ya que estábamos en la caseta. El camión tardó poco en salir y recorrimos otra vez la misma calle por la que llegamos con el diputado. Pronto las casas fueron quedando atrás. Volví a sentir lo mismo que al salir de la ciudad en el primer aventón. Una especie de sopor por el que pasan pensamientos inconclusos y que abandona cualquier duda, eso que nos hace siempre viajar de esta forma, sintiendo. Llegamos a la caseta en menos tiempo del que habíamos pensado. Eran casi las diez, todavía no era noche para tomar aventón. El problema era que juntos no cabíamos en todos los coches, además casi nadie quiere subir en la noche a cuatro güeyes.

--¿Me regalas un cigarro? --le dije a Germán.

--Sí, espérame tantito para acomodar esta pinche mochila.

--¿Por qué no te trajiste una más grande?

--Porque la otra que tengo está muy manchada, ya ves cómo iba la vez de Zipolite, y ahora además hay que tomar aventón. A ver, toma el cigarro.

--Oigan, huevones, ya vengan a pedir aventón --Nicolás gritaba desde la caseta.

--Espérate tantito, nada más déjame acomodarme estas madres.

--Oye güey, ¿quieres fumar hoy?

--Pues igual, estaría, pero primero hay que ver cómo nos vamos y dónde dormimos.

--Cámara, si no, fumamos mañana. ¿Traes bien escondido el acá?

--Sí, dos tres, en el desodorante.

--Y qué, ¿traes el huato?

--Nel, no pude, pero igual salen tres toques.

--¿Nada más?

--Sí, pero a ver si en Veracruz conectamos ¿no?

--Pues sí, allá está cagado.

--¡Ya no sean huevones!

--Deja de chingar, orita vamos.

La caseta estaba vacía, casi no pasaba nadie y los que pasaban traían el coche lleno. Empezaba a hacer frío. Nos pusimos la ropa que traíamos, vimos otro güey pidiendo raid junto a la caseta, me le acerqué y le ofrecí algo con que taparse, pues sólo tenía una camisa de manga corta. También iba a Veracruz y no quiso nada. Casi a las once de la noche, pensamos en la posibilidad de quedarnos ahí cerca. Yo no quería dormir en el campo, pero propuse ir a buscar un poblado próximo. No sé por qué pero la idea de dormir ahí cerca le ganó a la de quedarnos a pedir aventón. Un rato más tarde bajábamos por el pasto en busca de otra carretera que nos llevara a algún pueblo.

--Ora sí ya saca ¿no? --dijo Tomás.

--¿Si? --Germán respondió nervioso.

--Mejor hay que encontrar dónde dormir, si no después nos vamos a estar cagando de la risa y nos va a dar hueva ir a buscar un ho-

tel. Además si no encontramos hotel y tenemos que pedir hospedaje, nadie nos va a decir que sí por grifos.

--Miren, güeyes, un deshuesadero. ¿Por qué no fumamos y nos quedamos jetones en un coche? Total, así no nos da tanto frío.

--No mames --respondimos a coro.

--¿Cómo chingados se te ocurre Tomás?, después sale el velador y nos arma un pancho.

--Pues no pasa de que hablemos con él y le pidamos chance.

--A ver, vas güey.

--Nel, mejor vamos a buscar algo al pueblo. Esos coches han de estar bien cerdos y sin asientos, además quien quita y nos encontramos unas viejas bien buenas.

--¡A huevo, pinche Germán!, seguro que hoy desquintas --dijo Nicolás.

--Aunque te burles güey, quién quita.

--Uuuuu --Tomás y yo reíamos--. ¡Qué manchado!, ¡puutiiza, puutiiza!

--Ya no mamen, güeyes, ¿por dónde nos vamos?

--No sé, pregúntale al de la bici.

--Oye mai, ¿no sabes si hay un hotel por aquí?

--¿Un hotel? --respondió medio frickeado "el-de-la-bici"-- no, pus no sabría decirles.

--¿Y para ir al centro del pueblo?

--Miren, se van derecho por esa calle, la segunda después de las vías del tren. ¿Ya la vieron?

--¿Cuál, la de la casa azul?

--Sí, por ahí dan vuelta y se van derecho.

--Oye, y falta mucho.

--Pues no sé adónde vayan.

--Vamos al centro, a ver si encontramos dónde dormir.

--Miren chavos, hoteles aquí no hay. Ora que, si preguntan, a lo mejor alguien sabe dónde hay un cuarto.

--Muchas gracias, entonces nos vamos por aquella calle.

--Sí.

--Buenas noches.

--Órale, suerte.

El pueblo resultó llamarse Amozoc. Fuimos al centro por la calle principal preguntando en el camino de algún hotel barato. Nadie conocía un hotel. Poco después nos enteramos de que el único hotel en aquel pueblo estaba en construcción, y tardaría por lo menos dos meses antes de entrar en servicio. Pasamos por el centro, nos sentamos a comer unas *cemitas*, así estaba escrito. Las *cemitas* eran unas tortitas de carne que además de chiquitas eran caras. Con el taquero platicamos para conseguir un lugar dónde dormir. Nos dijo de un señor que alquilaba cuartos, también podíamos preguntarle al que le guardaba la T.V. si nos dejaba dormir en su bodega. Pero con ninguno de los dos resolvimos el problema: el que alquilaba cuartos, los alquilaba, al menos, por un mes; el de la tele no podía acomodarnos allí. Mientras cenamos, la tele, que ya tenía asegurado el hospedaje, presentaba escenas de un reclusorio para mujeres. Hablaban de la injusticia que existe al separar a una madre de su hijo, de la falta de higiene, el maltrato, etc... Yo no imaginaba cómo era la vida en un reclusorio, al pasar el tiempo no sería gran cosa, a todo se acostumbra el hombre. La escena en aquel momento debía ser descrita. Alta, sobre una madera y junto a los refrescos, la T.V. lanzaba imágenes y sonidos muy fuertes. El puesto de un blanco amarillento estaba envuelto en aquel velo de reportajes sobre el reclusorio. Nosotros comíamos poco porque no teníamos dinero. Todo reflejaba un juego de luz y sombra en la fachada de la iglesia central. Ahí, a un costado de la plaza, cerca de las doce de la noche, nuestra sombra proyectada me había hecho sentirme

melancólico. Siempre me pasa en los viajes, con alguna imagen o alguna sombra. Es estar lejos de casa en manos del destino, sé que así será la vida cuando tenga que independizarme.

--Oiga, y otro lugar para quedarnos --le pregunté al que despachaba.

--Aquí por esta calle --nos señaló un costado de la iglesia-- pasan dos cuadras y hay una casa donde rentan un cuarto. Pregúntele al señor si los deja quedarse hoy, total, no la va a rentar a esta hora.

--Entonces ya vámonos, si no, va a hacerse más tarde y ese señor se va a dormir. ¿Cuánto le debemos?

Poco después llegamos a la casa donde rentaban el cuarto. El dueño no lo quiso rentar porque según él no podía sin autorización de no sé quién. Nos mandó a la estación de trenes.

--Ahí se pueden quedar sin que los moleste la policía. Ya casi son las doce, así es que si les pregunta algo pueden decir que esperan el tren. Les faltan sólo seis horas en lo que amanece y después pueden seguir su camino. Por cierto, ¿a dónde van?

--A Veracruz.

--Pues sí, ¿por qué no se quedan en la estación? Yo no puedo rentarles el cuarto, si no con mucho gusto...

--No se preocupe, a ver ahorita cómo le hacemos, muchas gracias.

Ya el pueblo estaba totalmente vacío. Al final de la calle estaban las vías del tren, la estación no sería sino una banqueta de cemento con una ventanilla, y ya. El frío en la madrugada iba a estar cabrón si no encontrábamos dónde quedarnos. Cerca de la estación parecía haber una fiesta.

--Güeyes, ¿por qué no vamos a preguntar ahí? --dijo Germán.

--¿Quién pregunta?

--Vamos todos y a ver qué pasa.

--Además están poniendo tu música favorita Tomás, igual hasta te ponen al Tri.

--No te hagas Nicolás, ésa es tu canción favorita, a poco no hasta te recuerda a Gloria.

--Uuuuupsssstaaaaaiiiuuuuffff --Germán estaba de calentahuevos.

--Ora, qué le pasa a este güey.

--A ti si te recuerda a tu vieja verdad --todos nos reímos.

--Bueno ya, quién toca.

--Tú, Pablo, eres el que se ve más decente.

--Por eso, si toco yo no se van a identificar, mejor toca tú.

--Ya, quien sea --Tomás se acercó y tocó, se veía que el reventón adentro estaba en pleno.

Nos abrió un güey al que le habíamos preguntado en la plaza por un lugar para dormir, así que fue más fácil. Nos dijo que si queríamos nos podíamos quedar en el reventón hasta que acabara, después ya sólo tendríamos que esperar unas dos horas para continuar el camino. El reventón era un cuarto con unos cuatro tipos tirados borrachísimos, una grabadora y puros malos cassettes, así que Tomás rechazó la oferta y prometimos regresar después de dar una vuelta por el pueblo.

--Pero regresan, carnal, aquí vamos a estar.

--Sí ahorita nos vemos.

--Oye, Tomás, ahora qué vamos a hacer --le pregunté.

--Pues a sacar el toque ¿no?

--Síiiiiiiii --Germán estaba prendido.

--Si, va, total, aquí no hay policía.

--¿Y después qué hacemos? --preguntó Nicolás.

--Nos vamos a rolar por ahí, si al rato nos da mucha hueva podemos caerles a los del reventón.

--Sí, ya saca, Germán.

--A ver, ¿quién lo prende?

--Ya, dámelo --dijo Nicolás-- yo lo prendo.

--¡Pinche grifo!

--¡Qué cagado se está poniendo todo!

--Hay que fijarnos por dónde vamos caminando, al rato nos vamos a perder.

--Sí, pero ya no hables, fúmale.

--¡Putá madre!, ya viste qué larga es la calle.

--Uy, no mames. Pásame el churro.

--¿Ya te pusiste, Nicolás?

--Yo sí, ¿y tú?

--Sí, yo también.

--Miren, ya vamos llegando a la plaza. Ahí está el de las cemitas, qué cagado.

--Hay que dar vuelta en esta calle.

--Ya rápido, acábense ese toque.

--¿Prendo el otro, Tomás?

--Si quieres güey, yo ya estoy.

--Ya mejor lo guardamos para al rato.

--Cállense, ahí vienen unos tipos.

--¿Quiénes son?

--Cállate que estás muy grifo, pasa normal junto a ellos.

--B..uenas noches --dijo Tomás.

--¿Qué les dijiste? --preguntó Germán.

--No sé, nada más buenas noches.

--¿Se habrán dado cuenta?

--No seas paranoico pinche Pablo, cómo crees que se iban a dar cuenta.

--¡Miren, ahí está la carretera!

--¿Cómo le hicimos para salir hasta aquí?

--No sé, esto se está poniendo cabrón, aquí en la esquina está una gasolinera.

--Pinches tráilers, se oyen cabronamente fuerte.

--¿Qué dices, Nicolás?

--¡Laaa loocuuuraaaaaaa!—Nicolás le respondía gritando a los miles de decibeles que arrojaban los tráilers junto a nosotros.

--Oigan, espérenos, este güey ya está gritando incoherencias.

--Oye, Pablo, tú sabes qué son las tres P.

--No, ¿qué son?

--Pinches poblanos pendejos —dijo Tomás gritando.

--Cállate, te van a partir la madre. ¿No te das cuenta de que estás en Puebla, pendejo? --dijo Germán.

--Por eso lo digo, si estuviera en Veracruz no lo diría.

--Ya estás hasta el pito.

--Ahora por dónde nos vamos.

--Aquí hay que dar vuelta para allá.

--¿Alguien se acuerda cómo llegar a la estación del tren?

--Putá, pus nadie.

--Miren, de ese coche se están bajando como diez cabrones.

--Qué coche tan feo, amarillo con vidrios polarizados.

--Si quieres te compro uno así cuando te regeneres.

--Oigan esos cabrones vienen para acá, hay que caminar más rápido.

--Pablo, ahí hay una fondita.

--Vamos por un cafecito, ¿no?

--Putá, ¡qué suerte! Ya la libramos.

--¿Tiene café, señora?

En la fonda otra televisión pasa una película mexicana de acción. El cielo en la pantalla es de un azul muy claro. Se oye el sonido de un avión, de una metralleta. De pronto salen los actores. El toque me pegó fuerte, la televisión es todo un viaje. Primero las persecuciones, una avioneta está disparando contra una camioneta. Abajo los de la camioneta empiezan a disparar también, todo es un devenir de imágenes. Los cuatro estamos frenéticos con la película. Nos traen los cafés. Me equivoco y en lugar de azúcar le pongo salsa al café, pensé que era miel, ¡qué risa! Les digo que nos calmemos, de seguro la dueña del lugar ya se dio cuenta, los ojos rojos y frenéticos siguen viendo la televisión, a veces un comentario parecido más a un grito sale de alguno de nosotros y más risas. Ahora en la televisión, una imagen incomprensible presenta una niña fumando marihuana y así acaba la película. ¡Qué extraño! Nada es comprensible en este momento, otra vez la televisión, ahora con el himno nacional, ¡qué viaje!

--Ya vámonos. Hay que pagar.

--¿Cuánto va a ser, señora?

--¿Cuatro cafés nada más?

--Sí, nada más.

--Doce pesos.

--Aquí tiene. ¿De casualidad no sabe dónde hay un hotel para quedarnos hoy?

--Aquí como a veinte kilómetros hay uno, tomen un taxi, les cobra como quince pesos.

--¿Vamos?

--Pues sí, hay que encontrar un lugar tranquilo ya pronto.

--A ver cuánto cuesta. ¿Usted no sabe como cuánto cobran?

--Yo creo que como veinte pesos por cada uno.

--¡Ochenta pesos! A ver cómo nos va a ir, ya casi no tenemos varo.

--Pues vámonos, muchas gracias, señora.

--Sí, de nada, oigan, tomen el taxi en esta esquina. Díganle que les dijeron que cobraba cuando mucho veinte pesos, que no se los chamaquien.

Mientras esperábamos el taxi, Nicolás empezó a clavarse con Germán en no sé qué pláticas, Tomás y yo pronosticábamos cómo sería el chofer del taxi. Va a ser un enviado del diablo --dije-- lo más seguro es que sea un señor diabólico que nos lleve por la carretera a no sé qué lugar extraño, como en las historias de José Emilio Pacheco. El taxista no es sino un señor gordito que nos quiere sacar el más dinero posible.

--Ahh, sí, no joven. Este hotel ya está cerrado, los puedo llevar al centro por otros veinte pesos.

--A poco, si no hemos pasado ningún hotel --contesté.

--Ya lo pasamos, nomás que estaba apagado y no lo has de ver visto.

--Pero nos dijeron que estaba abierto toda la noche, y de todos modos debe haber algún otro más cerca.

--Pus como les dije, hasta el centro. Si quieren les cobro quince pesos más, ni un peso menos.

--A ver, párese en ése que está ahí adelante.

--Ése es muy caro, pero como quieran.

--Disculpe joven, cuánto cuesta la habitación para cuatro.

--Que sea barato --se adelantó Nicolás.

--Lo menos que se los puedo dejar es en sesenta por los cuatro.

--Está bien, ¿en menos no se puede?

--Es que yo tengo que respetar las cuentas, sólo soy el encargado y luego me regañan.

--Mira, ya es bien noche --dijo Germán-- ya hay que quedarnos aquí, y mañana ya veremos qué hacemos.

--Pues sí, a ver señor, cuánto le debemos.

El cuarto estaba grande y muy cómodo. Tenía dos camas matrimoniales y una televisión chica en medio. Un teléfono y un baño bastante agradable. Por fin estábamos tranquilos y sin preocupaciones. Germán sacó otro toque y fumamos. Platicamos profundamente y nos quedamos dormidos. El cuarto guardaba cuatro diferentes expectativas del viaje. Germán soñaba con llegar a Jalapa, un gran reventón con los amigos de Tomás nos esperaba ahí. Yo esa noche estaba muy tranquilo, sabía que el viaje iba a ser heroico, como antes. Los cuatro juntos sin mucho dinero. Eso profetizaba que iba a ser uno de los viajes con mejores recuerdos, a veces más difíciles pero más beatíficos. Alguien apagó las luces, la serenidad guardaba esa noche todo sonido. En la oscuridad, uno que otro camión a veces interrumpía el silencio.